

ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

José Cornejo Franco

Sillón: 21

8 de mayo de 1950

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Ignacio Dávila Garibi

Fray Luis del Refugio de Palacio y Basave

El llamado de ustedes, Señores Académicos, nada más puede interpretarse como una generosa conjuración: cómplices fueron la amistad y la benevolencia; yo pienso que ante todo, por no decir que lo único que justifica su elección y mi llegada, fue el deseo de estimar la importante tradición histórica de mi Estado, reconociendo la perseverancia con que ha sido cultivada entre nosotros esta disciplina; desde la Colonia, con Tello y Mota Padilla a la cabeza, por Mota y Escobar y Arregui, Ornelas y Torres; después, por Frejes y Navarrete, los dos Agustines, Bárcena, Mendoza, Salado Álvarez, Santoscoy y Pérez Verdía, y hoy como ayer por Dávila Garibi. Iguíniz y López Portillo, tres de mis paisanos Académicos, y por Chávez Hayhoe, que prosigue dedicado a la investigación y a la crítica, hundido en el estudio del siglo XVI en Guadalajara.

Claro que la nómina podría alargarse, sumando más y más nombres, hasta formar una vasta bibliografía; esto no encaja en mi intento y más; ya está hecha y publicada por otro insigne académico, Don Juan B. Iguíniz, urgiendo su reedición y complemento. Yo solamente quiero referirme a otro jalisciense benemérito, de quien somos deudores lo mismo los de casa que los de afuera, mas no sin recordar, cumplidamente, a mi predecesor en esta casa y en esta silla.

Tabasqueño, nacido en 1870, Don Marcos E. Becerra fue, en gran parte, un autodidacto; obligado a alternar los oficios manuales con el magisterio y las labores curialescas, cultivó, a ratos, su Musa Breve; al formalizar su cultura se recogió al campo de su afición, realizando óptimas investigaciones: se aplicó al lenguaje usual y a los vocabularios de las lenguas indígenas de aquellos rumbos, trazó el itinerario de Cortés en Tabasco, investigó la toponimia regional, trató de los nombres de Palenque y de Chiapas, del origen y significación del nombre Yucatán, de los pedagogos de Chiapas, del Sumidero del Alto Grijalva, de la papaya orejona y del antiguo calendario Chiapaneco, dejándonos a su muerte, en 1940, con otros de sus escritos publicados, copioso material inédito.

Setenta años de laboriosidad ejemplar, como la de fray Luis del Refugio de Palacio y Basave, hombre docto que no voy a descubrir a ustedes. Si en esta ocasión quiero traer su memoria, es como respaldo y apoyo de quien se presenta con haber exiguo, con las manos casi

vacías, pero con el fervor que le inspiran ajenos merecimientos, cabalmente apreciados.

Tapatío de buena cepa, nació el 19 de agosto de 1868 en el riñón de la vieja Guadalajara, todavía no desfigurada, bautizándolo en el Sagrario Metropolitano con el nombre de Manuel. A espaldas de la iglesia de San Agustín, y a su contraesquina, fue la casa familiar; sus padres, Don. Benito de Palacio y Valois y Doña Jacoba Basave y Treviño; sus ascendientes, gente de Vizcaya y de Bilbao; antepasados suyos, por la rama paterna, fundaron la ciudad de Chihuahua; de Uruapan es la línea materna y bien probada tenía su sangre y su linaje; así lo escribió en páginas autobiográficas que poseo:

"Tengo sí, una sobrina, la Venerable Madre Sor María Ignacia de Palacio y Velasco, hija del marqués de Villarreal de Alava y de la cual está la causa de beatificación introducida, según entiendo, o próxima a introducir en la Sda. Congregación de Ritos; fue monja de las "Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús", muerta en Madrid. Sí son parientes, siquiera a quinientos grados de lejos, San Félix y Santa Juana de Valois, San Luis Rey, San Luis de Anjou, obispo-arzobispo de Tolosa y Pamiers, y las Santas Isabelas de Ungría y de Portugal, las Santas Cunegunda y Salomé de Polonia, con otra muy grande parentela de santos, pero esto no santifica. También Doña Isabel de Valois, virtuosa mujer, esposa del Rey Felipe II (y de él o S. M. por ende, pariente, cuando menos político por sólo esta vía, sin perjuicio de otras) y de la infame doña Juana de Valois, reina de Nápoles, homicida y regicida de su propio marido a quien hizo ahorcar... y de la inmunda cortesana (Margarita ?) de Valois, también con toda "la casa de Orleans" pero así como ni estos parentescos acrecen lustre, tampoco los otros infiltran en las venas santidad. De lo demás, a Dios sea la gloria, nada es mío".

Con su madre conoció las letras; estudió con Doña María Trinidad Enciso y en el Colegio Mariano; a los doce años terminó sus cursos de latín; en el Seminario fueron sus maestros los más distinguidos en aquella época: los de la Rosa, Navarro, Gómez, Reynoso, Barbosa y Silva; en caligrafía y dibujo el minucioso copista Reyes Durán; en música y canto Don Miguel Moret y Don Longinos González, maestro de Capilla de la Catedral.

De maravillosa memoria, suplía con ella su desatención en los estudios, y aun cuando hay el testimonio de premios y medallas de oro, él se califica de haber cursado "con malísimas calificaciones, y aun mayores desaguisados. Fuí muy enfermo, muy flojo y desaplicado, y así, según

esto, muy *picho*, sobre mi corta capacidad, que me quedaba como *tonto en Vísperas* de lo que en cátedra oía".

En realidad, su inclinación lo aficionó a las cosas de iglesia y de convento; pintaba venado, escapándose para ir a las fiestas de San Francisco y de los zapopanos; su mismo natural, niño aún, lo llevó a renunciar al colchón; entreteníase con santos de cera de Campeche y en adornar altarcillos; desde pequeño jalaba las faldas a su nana para que lo llevara a la iglesia en vez de corretear por los jardines, y a ella consagró, por cierto, un candoroso recuerdo en lo que escribió del convento de Santa María de Gracia. Adicto a los franciscanos, en su iglesia de Guadalajara lo vestían de acólito con el hábito azul en uso; de los padres Prieto y Lazo heredó tantas minucias como nos refirió en sus charlas y escritos; de entonces le vino ese empeño por conservar siempre las fiestas frailunas como él las gozó en sus años mozos.

Al manifestar vocación religiosa, su padre se inclinaba por la Compañía de Jesús, en tanto que su madre prefería la Orden Carmelita; él se aferró en ser fraile franciscano y con los zapopanos solicitó su entrada "para admitirme, a vueltas y más vueltas me trajo fray Teófilo García Sancho, probando mi pertinacia", me contaba fray Luis. Al fin, en 1887, y como el Colegio de Zapopan no tenía noviciado, lo mandaron al de Cholula, donde recibió el hábito ceniciento llevado en los Colegios de Propaganda Fide. A estos hábitos chanos se encariñó tanto, que andando los arios vistió con ellos las imágenes de su iglesia: "con los santos no valen los Decretos Pontificios ni las Constituciones de la Orden", aclaraba, refiriéndose a que en 1897 León XIII generalizó el hábito de color café para los franciscanos.

Año y medio después de su ingreso, en julio de 1889, hizo profesión de votos simples, pero un día, por denuncia, fue aprehendida la comunidad estando en pleno coro. Exclaustrado, a fines de 1891 se vino al convento que le estiraba y en Zapopan pasó casi dos años; fundada casa de novicios en San Luis Rey en la Alta California, el corista Palacio partió para completar allá su noviciado, y de paso por Guadalupe, Zacatecas, hizo profesión solemne y perpetua. En California, el 21 de diciembre de 1894, lo ordenó el Prelado de Los Ángeles; cantó su primera misa en la misión de San Luis el primero de enero de 1895 y lo designaron Maestro de novicios. Misionó por Durango, Zacatecas y Coahuila; volvió a Zapopan y permaneció otros dos años; regresó a San Luis Rey como Lector, refiriendo que en este tiempo de lectorado "fue donde un poquito aprendí, ya teología moral, ya escolástica, ya filosofía; y aunque muy mediana, fuí continuo en la

enseñanza, sin ruido y *proposse*. Me tocó, pues, alabado sea el Señor, lo que mi abuela paterna quería y me escribió: *no fuera yo a ser padre de misa y olla*; de libros fui, bien que apenas pasara de deletrear".

También misionó por acá, en Zacatecas y Colima; en Jalisco, por Unión de Tula y Tuxpan, Ocotlán y Bellavista, El Batán y Zapopan, y en San José de Analco de Guadalajara. A sus tandas de ejercicios espirituales se holgaba el clero en asistir, desde el Prelado Diocesano, siempre seguros de aprender algo de su Director, como lo fue de las conciencias de gente de pro, obispos y gobernadores, a quienes en su tribunal trataba más que sin miramientos con rudeza, sin procurarse, en su trato con ellos, ningún provecho.

Largo sería seguir los pasos y empleos desempeñados por el Padre Palacio; Maestro de novicios en Zapopan, Presidente *in Capite* del Colegio de San Fernando, Definidor de la Provincia de Santiago de Jalisco, Comisario de Tierra Santa, Guardián de Guadalupe, de San Francisco de Guadalajara, y en los aledaños de ésta, de las casas de Santa Anita y de Zapopan, el lugar que siempre fue de su predilección. Nombrado Maestro de novicios para San Luis Potosí, pasó después a Aguascalientes; a la muerte del Ministro Provincial fray Antonio Salazar, quedó como Delegado, en tanto que la Curia Generalicia designaba sucesor. En 1906 fue a Roma, mandado por el Comisario General, a tratar lo de la amenazada extinción de los Colegios de Propaganda, Colegios al fin suprimidos en 1908 por fray José María Bottaro, Delegado de Roma, Definidor General y después Arzobispo de Buenos Aires, quien tomó a fray Luis por Secretario durante su penoso encargo en México.

Pero nada gozaba más, nada le placía, en nada se regocijó tanto como viviendo en Zapopan, en su recolección y Santuario. Ni las fiestas en Asís o en Roma lo colmaron; "no hay como las de Zapopan", nos llegó a decir. Tan apegado era a su vida conventual, que las veces en que no pudo vivir allá y se recogía a la morada paterna, arreaba con loza de barro del convento y unas sillas de palo, sin pintar, para hacerse la ilusión. Cuenta, y corre impreso, que a la muerte de fray Bernardo Anguiano a él le correspondió la Presidencia *in capite*, "pero que ya alguien pedía padres nuestros porque yo no quedara *porque era muy duro*"; como que siempre fue celoso y acérrimo defensor de las costumbres tradicionales, no dejando de llevar esa vida de fraile tal cual la alcanzó de los antiguos padres, todo al uso viejo y sin contemplaciones. Cumplido en sus menesteres, qué esperanzas que le faltaran vísperas o maitines, menos otras fiestas, que ni estando solo dejó

de celebrar, enfilando al facistol los santos de bulto, acomodados otros en la sillería del coro, para así estar en comunidad, preguntándose y respondiéndose, alternando con su sola voz.

Se jactaba de ser más sacristán que fraile; sacristaneando se alegraba, haciéndolo, decía, "sin respeto a los santos ni temor a los diablos", con un sentido artístico insuperable, con sobriedad y elegancia sumas, con un buen gusto muy personal; exigente selección de quien sabía distinguir la propiedad y el mérito de los paramentos; así, reprobaba aquellas imágenes que bautizó como de rinconera y con tenaz intransigencia menospreció adornos calificados de mujeriles. Al propósito, y entre muchas, va una anécdota: cierta dama encopetada cogió la devoción a San Roque en su imagen venerada en Aránzazu; la exteriorizó prendiéndole veladoras a mañana y tarde, con el natural descontento del Padre Palacio. Un día llamó la atención de la señora diciéndole que solamente eran litúrgicas las candelas de cera; como ella siguió en sus trece puso fray Luis un aviso prohibiendo las veladoras; la mujer se desatendió y encendía sus veladoras, que él se encargaba de soplar y ella de prender; entonces, viendo que la cosa no tenía remedio, llamó a un carpintero y el serrucho separó al santo del perro que le acompaña, quedando el perrillo con la siguiente advertencia : "A éste sí se le pueden poner veladoras..." San Roque fue a dar a la sacristía, donde lo escondió su Paternidad.

Sacristaneando, decía, hizo obras tan admirables, como la reconstrucción que logró de los valiosos ornamentos de nuestra catedral, podridos en uno de tantos escondites donde los guardaron los señores capitulares, en los malos tiempos. Deshilados quedaron, de dar lástima; de inservibles, se daban por perdidos, pero fray Luis los rehizo totalmente, siguiendo puntada a puntada, con paciencia agobiadora, rebordando guirnaldas y frutas y arabescos; con agua de lentejas revivió los colores que las sedas habían perdido, para que volvieran a lucir sus primores, no sin dejar marchita, y de intento, la esquina de una de las capas para hacer notar la diferencia. Menesteres de sacristán, según su propio decir, pero hechos amorosamente, con destreza y minucia no de encarecer, apenas para haberse visto.

Y este hombre infatigable que lo mismo se ocupó de tantas cosillas como se dedicaba a otras más enjundiosas, le cogía tiempo al tiempo haciéndolo rendir. Afanado lo mismo de día que al atardecer, iguales fueron para él la media noche o la madrugada, que, despertando, cualquier hora era buena para trabajar; así lo vencieran, a veces, el sueño o el cansancio, volvía a proseguir en su tesón "ya

descansaremos en la otra vida", acostumbraba decir, y en efecto, no descansó nunca, ni en su postrera y grave enfermedad. Los últimos y penosos meses de vida, consumiéndose poco a poco, los pasó diseñando para la reconstrucción de San Francisco de Guadalajara y para los altares de San Luis Potosí; para éste, su retablo mayor, "que costó mil sacrificios, entre las agonías de la muerte", según me lo dijo en una carta. Al paso, para dejarlo manifiesto, y también por encargo, fue el autor del retablo de la iglesia de San Agustín de Guadalajara, buen pregón de su capacidad.

Insistiendo, y sin modo de detallar acerca de tantos y tantos encargos que le hacían y de cómo los cumplió, apenas englobamos proyectos arquitectónicos, diseños para altares, dictámenes litúrgicos o canónicos, carteles para las festividades religiosas, calendarios para la provincia, sermones, consultas de todas clases, haciéndolo todo casi jugando y como quien no quiere la cosa. Conservo, entre otros de sus escritos con que acostumbraba favorecerme, las preces enviadas a Roma solicitando la elevación de catedral de Guadalajara a la dignidad y categoría de Basílica menor, redacción sintética de los méritos históricos y artísticos de nuestra iglesia máxima, anotando él, en esa copia del regalo: "El Excmo. y Rmo. Sr. Arzpo. Garibi, por oficio, me pidió lo que aquí se sigue, y yo redacté en latín para que no en el traslado, en su curia me hicieran decir una cosa por otra".

En esto de las copias, y ponderando su continua laboriosidad, cáigase en razón de que la mayoría de sus escritos lo fueron varias veces; yo de todos sé de dos o más copias; de algunos, hasta cinco y seis conozco en poder de sus amigos, a quienes solía cumplimentar, todas autógrafas, y por lo general más o menos decoradas, ya ilustrando la página entera con un altar o un frontispicio, coloreados con acuarela o simplemente dibujados, o bien reducida la ornamentación a miniar las capitulares o ya al trazo de un motivo marginal o de un remate al fin del escrito, galas referentes o no al texto, en mayoría de las ocasiones caprichoso y sin otra finalidad que la del adorno y no más; detalle que conviene tener presente, por lo que se ofrezca, recordando la observación que Pfandl hace del grabado en el libro español, observación sugerida al estudiar una de las formas de expresión del sentimiento barroco; y conste que si algunos de estos dibujos y acuarelas ornamentales no son de nuestro gusto, no por eso desconocemos la maestría de ilustrador y su fantástica inventiva adelantemos, también, que si algunos de sus gustos o de sus juicios no los compartimos, ello no va en demérito ni de su talento ni de su propia sensibilidad: múltiples son los

enfoques intelectuales, fáciles los errores, distinto el ambiente, otras la formación y las simpatías, y con todo, nunca será el caso de juzgarlo un adocenado o pensar que escribió a tontas y a locas.

Ya en otro campo, puedo dar fe de sus conocimientos musicales: por ejemplo, están sus Comentarios a la manera de emplear el órgano en misas y oficios, una misa en canto llano, y para abreviar, recuerdo que en cierta ocasión lo encontré en su celda llevando a la pauta unos versillos para festejar a la Virgen de la O, la zapopana, composición que calificó como de aire pastoril, ostentando el manuscrito grandes iniciales de color azul. Entonces me dijo: "Mi señor, estoy tan arrancado que no tuve ningún regalito, ni de pobre, para el santo de mi Prelada; como nada tengo, la agasajaré con estos rengloncitos el día 18".

Quédense otros muchos pormenores de sus tantos y entreteneres para referirme ligeramente a sus estudios históricos y de arte, los de su gusto, los que polarizaron su actividad; en sus mismos sermones luego se advierten sus preferencias.

En un artículo afectuoso referente a él, publicado meses antes de su muerte, el mismo que originó las notas autobiográficas ya mencionadas, afirma el autor conocer más de ochenta escritos de su pluma; fray Luis rectificó: "Ni a la tercera parte llega la cuenta. De las muchas carretadas de paja, apenas se podrá entresacar algo que en rigor sea histórico, y aun sin tanto; falta de todo punto una cuidadosa cronología, hay vacíos imperdonables en esto y varias omisiones hijas de la *preza* y del descuido, muy advertido y muy a sabiendas; faltan, en fin, cien circunstancias que, para, la historia, las obras que sean tales, indispensablemente requieren. O no se alcanzaron, y más todavía no se procuraron, sobre eso, adrede se omitieron por no sentirse cohibido, particularmente en descripciones. Las reglas fueron: el deseo, el carácter o genio. Si es he de asignar clase y dar categoría, no son ni fueron sino ENTRETENIMIENTOS PARA MI".

Ahora se comprenderá cuan nutrida resultaría la catalogación de todo lo que produjo este obrero obstinado, trabajador indomable y múltiple. No vamos ni a ensayar su bibliografía total, tarea, benedictina, y para nosotros más penosa que el esfuerzo gastado por él en sus empresas.

Bien poco de lo suyo está publicado; apenas estos cuantos títulos:

Breve Historia de Nuestra Señora de Zapopan, en dos ediciones diferentes, 1918 y 1941;

Interesantísimos documentos relativos a Nuestra Señora de Zapopan 1921;

Sermón predicado en el Santuario de Guadalupe, Zac. en 1921 con motivo del Segundo Centenario de su dedicación, 1922 ;

Historia Breve del Colegio Apostólico de Zapopan, 1922;

Visita de curioso al convento de Huexotzinco, 1939;

Prólogo y Notas a la Crónica de fray Nicolás de Ornelas; 1941;

Recopilación de noticias y datos que se relacionan con la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan y con su Colegio y Santuario, Tomo I, 1942. En 1948 se reimprimió, de este tomo, el capítulo que se refiere a la Catedral de Guadalajara.

Joyas franciscanas en Puebla y Tlaxcala, en: Cuadernos Franciscanistas, 1944;

Notas al libro IV de la Crónica de Tello, 1945.

Otros escritos suyos aparecieron en publicaciones periódicas:

El Carmen de Guadalajara, inconcluso; Monseñor Orozco y la Sociedad de Geografía; Sobre el Padre Segovia, y los Estudios referentes a los cronistas franciscanos Tello y Torres; todo esto fue publicado en el Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

En el Boletín del Arzobispado de Guadalajara se encuentran:

Las Campanas de la Catedral; Las imágenes notables, célebres y milagrosas, y Atlixnac, o sea el Santuario de Santa Anita, Jal., publicación que descontentó a su autor, declarando: "Más bien lo del Boletín hase impreso sin solicitud, ni ni invitación, ni previo consentimiento mío. Y como hecho adrede, y por contrariedad y falta de simpatía, está como ilegible y hecho una lástima".

De carrera, y para muestra de lo inédito, se mencionan:

Sagrario Metropolitano de Guadalajara.

Descripción del Santuario de Guadalupe, de la misma ciudad.

Las capuchinas de Lagos, Jal.

Charcas, San Luis Potosí,

Proyecto para el aseo, decoración y arreglo de San Francisco de San Luis Potosí,

Comentarios a las "Cartas de mis Seminaristas", por el Señor Vera,

La Capilla Sixtina y el juicio Final, de Miguel Ángel,

Sucinto comentario a las cartas del Padre Margil escritas a las monjas de Santa Teresa de Guadalajara,

Comentarios a la Exposición de fray Benito de Santa Teresa en favor de la Provincia de San Alberto,

El Santo Desierto de Tenantzinco; con él corre el itinerario que siguió en compañía del M. I. Sr. Canónigo Don José M. Figueroa y Luna: Puebla, Huexotzinco, Cholula y Tlaxcala; luego Taxco¹ y después Tepetzotlán. Agregada al ejemplar que poseo, viene la carta que dirigió a su primo, el Arquitecto Don Agustín Basave, tratando de San Miguel el Grande y de los Condes de la Canal, y por anexo, las visitas a Chamacuero, Salamanca y Cuitzeo de la Laguna,

Apuntes de viaje. Se estudian y comparan las fábricas, y ruinas de Yuriria, Charo, Tiripitio y otras,

Inexactitudes de la Historia de Nuestra Señora de Zapopan, del P. Florencia,

De lo que se perdió en San Francisco, de Guadalajara,

Carta a Doña Luz Brizuela, en razón de conversación sobre cierto punto relativo al rey Luis XIV de Francia,

Observaciones para el Sínodo diocesano, de Guadalajara,

El Carmen, de Celaya,

Y paremos de contar, interrumpiendo esta letanía, no mayor, por atención a la que ahora ustedes prestan. Subrayo, y hasta debía escribirlo con letra Gorda, que su obra toral, la de su cumplido empeño, fue esa *Recopilación*, que se compone de 16 tomos, apretados de informes y noticias, de la cual ya hemos dicho que está impreso el primer volumen. Refiriéndome a ella, en el prólogo de su Huexotzinco, escribí en 1937 que "cualquiera creería que esta obra es nada más una obra debota, como tantas, pero su monumental arquitectura abarca todo nuestro pasado", añadiendo: "se amplía el propósito inicial: historia, biografía, artes plásticas, tradiciones, algunas con el sabor de las Fioretti, todo esto se desarrolla en la espiral de su cronicón.

¹ Taxco, sic. Dice fray Luis: "Soy más devoto de la x, le tengo más cariño y no la inventé yo, para que no se me culpe".

"Obra tan amplia no ha impedido que su autor aborde otros temas, de preferencia los que se relacionan con nuestro arte colonial. Sus visitas de curioso a los templos y conventos del país, las refiere minuciosa, certera y golosamente, ilustrando sus manuscritos con un primor sólo comparable al de su estilo, sabroso, elegante, arcaico, más desprovisto de los afeites que se procuran los arcaizantes que hacen de sus mamotretos un mosaico de palabras y giros antiguos, que luego denuncian el artificio y la ausencia de la difícil facilidad del clásico. No es al estilo del autor de este libro al que se refiere la donosa sátira del autor de Pero Galin; desde que en su juventud tomó fray Luis el sayal franciscano las lecturas de los clásicos y de las crónicas, en la vida conventual, formaron el suyo, que se afirmó en las pláticas con los padres viejos; de aquí que en él sea tan natural el habla ahora en desuso, y que nos recuerde, a veces, a fray Luis de Granada por la destreza en el juego retórico, por la fluidez a fray Luis de León, a San Pedro de Alcántara por su "arisca parsimonia", y a Santa Teresa de Jesús por la gracia con que emplea el lenguaje popular, sobre todo conversando".

Refiriéndose a su estilo parece que fray Luis es severo en la autocrítica; en realidad se defiende muy a su modo: responde con esa apretada sonoridad que resultaría nada académico mencionar; estas son sus palabras:

"Arcaizante, fastidioso, de pésima sintáxis, plegado de solecismos. Tengo el parecer, por escrito, de un respetable y sabio miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística que así me los escribió; y allende esto, aun por ello y por falta de lógica de mi historia chica de la Virgen de Zapopan, se temía no concedieran en Roma la Coronación. Bien que, como en respuesta, también me escribió un H. Terciario de Zapopan, comensal nuestro, que la "crítica" servía y hacía falta para la verdad precisa de la Historia, no para otra cosa; y que si mi historia, según aseguraba expresamente dicho sabio, era "verdadera, aunque no trabajada según las reglas de la Crítica", sobraban, por ende, supuesta la verdad, las reglas de la crítica. Yo me defendía y definiendo, con un famoso tratado clásico que tengo de "de Crotalogía"; o sea la ciencia y arte de tocar según reglas, las castañuelas".

Por nuestra parte, intentaríamos definir su estilo enmarcado en ese barroquismo nuestro, muy siglo XVIII, tan mexicano; en ocasiones, acumula detalles platerescos en un lugar, y deja, largas tiradas llanas; pulidas, pero lisas, salpicadas con la frase humana con la locución litúrgica o el tono sentencioso, refranero y al modo popular; emplea el retruécano y juguetea con palabras semejantes y

pintorescas; se divierte con la pompa de a dicción, con el roleo de la retórica o la graciosa travesura del idioma. A veces su estilo se retuerce y pierde el módulo; la finura cobra valiente relieve y el período se desarrolla elegante como airosa y complicada voluta. Si una cláusula es endeble en su base, al ampliarse se torna frondosa y engolosina luego que uno se aviene a su modo; espontáneamente, con frecuencia las palabras adquieren forma musical; como si quisiera evadirse de la realidad, pretender que goce el lector con la alusión, con el equívoco, con el humorismo retozón para que sea él mismo quien pesque la intención, el valor real del vocablo que empleó, el concepto velado, la imagen de creación personal; todo ello hasta en notas ligeras, en cualquiera de sus cartas, en un simple recado, procurando siempre el halago de los sentidos, con la forma y el color ante todo, que este sentido plástico es lo fundamental en su procedimiento. Recuérdense, o véanse, que al fin están ya impresos y en circulación, su descripción de la fachada de Huexotzinco, o cómo y con qué deleite nos figura el "terno de tisú de oro muy encendido" de de San Agustín de Guadalajara.

Creo que valdría la pena emprender un estudio estilográfico y que el análisis de sus recursos nos mostraría, con las raíces de su cultura, las fuentes donde pudo abreviar, desde la prosa cargada y decadente que atesoran las Patrologías al garbo exuberante del español del siglo de oro, con ese derroche de virtuosismo y de visualidad que se advierte, por ejemplo, en su hermano de hábito, el cronista de Carlos V y obispo de Mondoñedo; tal vez se sostuviera en parangón con fray José de Sigüenza, el cronista jerónimo, al encontrar ciertas similitudes que pueden ir desde su idéntico encargo en la formación de novicios, a la modestia de varios de sus asuntos, a sus noticias y juicios aprovechables en la historia del arte, al colorido de sus semblanzas, y hasta por esa "áspera condición" de que acusaron a Sigüenza tanto los mismos jerónimos, como otros extraños a su religión, molestos todos por el "franco decir" del cronista español, no más que el de nuestro franciscano de acá, porque el Padre Palacio tenía su genio, enérgico y violento, a lo gachupín, sin transigir con mediocridades ni tolerar embustes, procurando, eso sí, reprimirse. Más: así como Felipe II decía que no gozaba totalmente el Escorial quien no veía a fray José, en Zapopan, nuestro fraile, no era el menor atractivo.

Entre cien anécdotas que lo definen, queremos recordar estos sucedidos:

Una tarde, el plática de amigos por los claustros de su convento, alguien de los contertulios expresó que tal y cual iglesias eran semejantes; no se

aguantó el Padre: rápido volteó la cabeza y clavó los ojos en quien tal decía, y con su vozarrón aquel le soltó esto: “Iguaitas, las dos están el suelo”.

Cuando escribió cierta cosa que molestó a otra orden religiosa, al publicarse, sin su consentimiento, el escrito, los ofendidos pusieron el grito en el cielo; no faltó quien le llamara la atención diciéndole que había faltado a la caridad. Poco tiempo después uno de los miembros de dicha orden vino de fuera y fue de visita a Zapopan, sin estar en antecedentes de lo acontecido; al enterarse fray Luis de quien era su visitante, se tiró en el suelo, de largo a largo, y besándole los pies le pidió perdón por su falta de caridad y le refirió lo pasado. Desconcertado, el huésped trató de levantarlo diciéndole que estaba perdonado; al oír esto, fray Luis se incorporó apoyado en las palmas de las manos, y alzada la cabeza exclamó: “Pero lo que dije es cierto”.

Que estas referencias sirvan, Señores Académicos, para fundar la estima que hemos tenido por este fraile de otros tiempos, fraile de cuerpo entero, maestro en todo, hasta en sus genialidades: ni alto ni bajo, de color blanco, con ojillos inquietos, vivos, indagadores, de voz potente, de andar apresurado, luenga la nariz, que si al Arcipreste, dijo él, “esto le descompón”, al Padre Palacio le imprimía carácter; hundida la boca, el mentón denunciaba su ímpetu; calvo y rugoso en su vejez, sarmentosas las manos, ágil el ademán; humilde por su gusto, orgulloso a pesar suyo, con orgullo que nada tuvo de altanería, de oído tan fino, con sobra de memoria, la mirada descubridora, imperativo y cordial, servidor de todos cuantos quería servir, que fuimos muchos.

De ordinario, pudo ser un tipo para Zurbarán; cuando tenía crecida la barba; semejava figura del Greco. Enamorado de su tierra, de su convento, de su Provincia y de su Orden, enfermó seriamente y pretendí traerlo a la casa paterna: “Me metí a fraile para morir en mi convento y no en la casa de María mi hermana”, me respondió, cuando dolido de su soledad en aquel Zapopan enorme, fracasé en mi intersección para llevarlo a donde pudieran atenderlo. Solo quiso estar en su convento, y solamente la obediencia lo sacó de Zapopan para acabar de morir en Guadalajara la madrugada del 18 de julio de 1941.

De esta vida, ahora mal abocetada, hay que emprender un estudio formal. Yo sé que alguien lo hará, mañana o pasado. Hoy apenas quisimos pagar una deuda con él y cumplir con ustedes un compromiso contraído hace largo tiempo. Tal vez por ello también se prolongó este discurso ahora pido mil perdones, reconozco su atención y agradezco, sobre todo, mi elección y su paciencia para esperarme.

Contestación al Discurso anterior
por el Señor Académico Lic.
Don J. Ignacio Dávila Garibi

Señor Director:

Señores Académicos:

Franca y cordial amistad me liga con José Cornejo Franco desde hace varios lustros.

Sincero afecto, profundo respeto y gran estimación fueron los más vigorosos vínculos que me unieron desde mi temprana edad con el inolvidable Fray Luis del Refugio de Palacio y Basave, de la Seráfica Orden, —*el más fraile de los frailes que he conocido*— cuya semblanza biográfica ha presentado hoy a la consideración de esta Academia como trabajo de introducción el Sr. Cornejo Franco.

A esta doble circunstancia —para mi muy grata— y no a méritos propios que estoy muy lejos de tener, me imagino se debe, en gran parte, el que se me hubiera designado a mi para dar la bienvenida al nuevo Académico y contestar según es uso y costumbre en esta honorable agrupación, el discurso que acaba de ser leído.

Cornejo Franco, no necesita ser presentado en esa docta corporación. Su brillante y no interrumpida labor en el campo de las letras es bien conocida. La simpatía y cordialidad con que esta Academia lo recibe hoy en su seno es el mejor testimonio.

Adolescente todavía, se distinguió Cornejo Franco como uno de los elementos más valiosos que integraban un grupo literario en el cual se formaron varios escritores públicos tapatíos.

Durante varios años fue el benjamín de las reuniones de intelectuales de edad propecta que periódicamente se reunían en la típica librería de Fortino Jaime a hablar de sus especialidades científicas, a comentar libros recientemente editados y, en general, a hablar de cuanto se relacionaba con el movimiento cultural de la provincia.

En temprana edad se dedicó al magisterio, no por necesidad, sino por verdadera vocación; En su ya larga etapa de docencia ha formado varias generaciones de alumnos con la particularidad de que a muchos de los discípulos que se han distinguido por su competencia y amor al estudio los ha protegido y ayudado en diversas formas a abrirse camino en el porvenir.

Impulsar de las patrias letras, no sólo ha enriquecido la bibliografía nacional con sus propias publicaciones, sino que ha llevado al cabo la impresión de manuscritos valiosos que de un momento a otro estaban expuestos a desaparecer por la acción del tiempo o la ignorancia de sus poseedores.

Haré particular mención de los "Estudios Gramaticales de la Lengua Cora" escritos por el sabio filólogo jalisciense, Sr. Pbro. D. Aniceto M. Gómez y publicados con un erudito prólogo de Cornejo Franco a cuyo empeño se consiguió el original respectivo, habiendo tenido el acierto de editar esta importante obra el Lic. D. Mariano Silva y Aceves, en esta ciudad de México, el año de 1935, en la Biblioteca Lingüística Mexicana, dependiente del Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas, bajo los auspicios de la Universidad Autónoma de México.

Con verdadero cariño por tratarse de Fray Luis, se encargó de la publicación del primer tomo de la voluminosa obra de este religioso intitulada: "Recopilación de noticias y datos que se relacionan con la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan", publicación que se llevó al cabo en Guadalajara, Jalisco. El año de 1942 a expensas del Excmo. Sr. Arzobispo Dr. D. José Garibi Rivera.

Las crónicas de la Provincia Franciscana de Santiago de Xalisco escritas por los PP. Fray Mariano de Torres y Fray Nicolás Antonio de Mendoza y Valdivia, escritas en el Siglo XVIII y por tanto tiempo olvidadas o perdidas, se publicaron por empeño del Sr. Cornejo Franco, la primera en 1939 prologada por él y la segunda en 1941 anotada por Fray Luis.

Con prólogo de Cornejo Franco vieron la luz pública en dos y volúmenes los Libros Tercero y Cuarto de la Crónica Miscelánea de la Santa Provincia de Santiago de Xalisco escrita por el R. P. Fray Antonio Tello, publicación que se hizo en la Capital de Jalisco el año de 1942 con motivo del Cuarto Centenario de la fundación definitiva de la ciudad de Guadalajara.

Con igual motivo y en igual fecha publicó el distinguido intelectual que hoy toma asiento en esta Academia de Historia una, importante obra de carácter selectivo que prologó y llamó: "Testimonio de Guadalajara" y además unos: "Documentos referentes a la fundación, extensión y restablecimiento de la Universidad de Guadalajara", edición que hizo la propia Universidad tapatía en 1942.

Prolijo sería seguir citando una a una las diversas publicaciones en que de alguna manera ha intervenido el nuevo colega a quien he venido refiriéndome en estas líneas.

De sus propias obras me limitaré a hacer particular mención de dos de ellas: "La Calle de San Francisco" profusamente ilustrada en 1945 y la "Introducción del agua en la Ciudad de Guadalajara", esta última, contenida en el tomo VII del Boletín de la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, correspondiente al mes de diciembre de 1942, la cual acompañó con una segunda edición, de la obra que doscientos años ha se publicó en esta capital en la Imprenta de la Viuda de D. José Bernardo de Hogal bajo el título:

"Acción Gratulatoria, que el Dr. D. Lucas de las Casas, Mota, y Flores, Canónigo Doctoral de la Santa. Iglesia Cathedral de la Ciudad de Guadalaxara, embia de officio al R. P. Fr. PEDRO ANTONIO BUZETA, Religioso Observante del Orden del Seraphico Patriarcha San Francisco, y Morador en el Convento de San Lucar de Barrameda. Notario Apostólico del Santo Oficio de Mexico, Insigne, y memorable Descubridor, Traductor y Conductor de las Aguas a la Ciudad de Guadalaxara, en la Nueva Galicia,".

Prolijo también sería, seguir recordando rasgos importantes de este distinguido intelectual jalisciense que con tanto acierto ha organizado la Biblioteca de Guadalajara y representado al Gobierno de Jalisco en varios Congresos Científicos, Ferias de Libros y otros eventos culturales realizados en los últimos años.

En honrosa comisión visitó hace poco en plan de estudio y con gran provecho las bibliotecas públicas de los Estados Unidos. En la de Jalisco ha llevado al cabo importantes mejoras.

* * *

El trabajo de introducción de Cornejo Franco a que especialmente debo referirme en esta ocasión, está escrito con gran sinceridad y sencillez; abunda en datos poco o nada conocidos acerca del biografiado quien trató con gran intimidad y cariño y contiene una amplia información acerca de las publicaciones de Fray Luis y de algunos de tantos manuscritos históricos, de puño y letra de dicho religioso los cuales se encuentran hoy día, en las bibliotecas particulares de varios de sus amigos y admiradores, ya que nuestro Fray Luis fue espléndido en obsequios de esta clase, escritos, repito, de su puño y letra y una letra tan pequeña, bien hecha y adornada que sólo un buen calígrafo y dibujante podría imitarla.

Algunas de esas obras manuscritas están a dos tintas y con capitulares muy vistosos.

Creo que no será por demás, como una contribución mínima a la bibliografía inédita de Fray Luis, que consigue en estas pocas líneas algunas de las principales obras que gentilmente me obsequió:

- 1.- Defensa de la identidad de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan sobre ser la primitiva y original. Extenso y bien documentado trabajo firmado en el Convento de San Francisco de Guadalajara en febrero de 1911.
- 2.- "Apuntes acerca de cosa para mí muy grata.—Misión dada en el pueblo de Tuxpan, por los religiosos Fray Luis del Refugio de Palacio y Fray Francisco María del Refugio Rivera, de la Provincia de San Francisco y Santiago de Jalisco". Está suscrito en mayo 26 de 1912.
- 3.- Apuntes sobre la Misión de Ocotlán.—Crónica breve suscrita en Zapopan el 11 de octubre de 1912.
- 4.- Inexactitudes que contiene la obrita llamada "Origen de los dos célebres Santuarios de la Nueva Galicia", por el R. P. Francisco de Florencia, de la Compañía de Jesús.—Zapopan, febrero 18 de 1918.
- 5.- El Santuario de Guadalupe de Guadalajara.—Interesante estudio monográfico suscrito en Santa Anita, Jal. el 5 de mayo de 1918.
- 6.- Lista de las iglesias que ha conocido Fray Luis del Refugio de Palacio.—Guadalajara, Jal. 1918.
- 7.- Prelados Superiores de la Santa Provincia de Santiago de Xalisco.—Sin fecha. Contiene interesantes comentarios, notas, adiciones y rectificaciones a lo que sobre el particular publicó Mota Padilla en su Historia de la Conquista de la Nueva Galicia, Guadalajara, Jal. 1918.

- 8.- Vida admirable del Venerable Fray Junípero.—Su fecha: Aguascalientes, Ags. abril 5 de 1924.
- 9.- “Daño irreparable que en las comunidades religiosas y misiones que de ellas dependían causó en México la expulsión de los frailes españoles”.—Guadalajara, jai. 1928.
- 10.- Notas para las biografías de varios Padres de la Provincia de Santiago de Xalisco, tomadas de diversos archivos franciscanos.— A. o de 1928.
- 11.- El Santuario de Nuestra Señora de Zapopan.—Su fecha: Zapopan, Jal. agosto 27 de 1930. Interesantísimo. Se trata de las vicisitudes por que ha pasado dicho conventual templo desde a mediados del siglo XIX.
- 12.- Numerosos sermones manuscritos contenidos en un grueso volumen sin foliar y en los que no escasean los datos históricos ni ciertas apreciaciones muy de acuerdo con el carácter del autor.

Poco podré agregar yo a lo que con tanto acierto y conocimiento de causa nos ha dicho acerca de Fray Luis el Sr. Cornejo Franco, por lo cual me limitaré a reproducir el sereno juicio que acerca del meritísimo fraile biografiado emitió hace varios días el arquitecto D. Luis Prieto con motivo de una visita al Museo religioso instalado en el convento de Santa María de Gracia de Guadalajara durante las fiestas tetracentenarias de la fundación de la ciudad en el lugar que actualmente existe. Dice así:

"En uno de los muros de una sala pequeña se encuentran los ornamentos, que, casi en condición de viejo y abandonado desecho, fueron restaurados casi hilo por hilo, por el celo, la paciencia, el afán y la destreza de Fray Luis del Refugio de Palacio y Basave, ese incomparable y poliédrico franciscano, sabio, artista, piadoso y humilde como ninguno, que llenó con su personalidad más de medio siglo de la Historia del Convento de Zapopan, y a quien muy pronto, cuando la posteridad lo conozca en todo el vigor de su relieve, será proclamado como una de las más extraordinarias figuras contemporáneas del Continente Americano". (El Universal, México, D. F. febrero 26 de 1942).

Pero, volvamos al nuevo Académico: José Cornejo Franco es — como ha dicho un escritor contemporáneo— "el representativo del estudioso de provincia cuyo prestigio rebasa de los límites de una región, no por fuerza de propaganda arribista, sino por la sola virtud de su laboriosidad y de sus aportaciones útiles para el conocimiento

del pasado, logradas siempre a despecho de la deficiencia de medios y de la falta de estímulos para el trabajador intelectual... dirige la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, una de las mejores del país, y cumple su misión con plausible eficacia; es un funcionario consciente de su misión, un honorable conservador del tesoro que le fue confiado y que él procura enriquecer haciéndolo accesible al mayor número de gentes, es un protector de los libros pero no por aislamiento sino por difusión de hábitos culturales” (Francisco González Guerrero.—El Universal, México, D. F.— Edición del 8 de diciembre de 1945).

Con razón, Señores Académicos, está de plácemes esta Academia. Con razón se espera tanto de este nuevo compañero nuestro que tan buenas pruebas ha dado de su infatigable amor a la historia y en general, a la difusión de la cultura en nuestro país.